

De la pertinencia: Tzvi Medin y el alemanismo

ARIEL RODRIGUEZ KURI
El Colegio de México

Resumen

Este artículo coloca el libro de Tzvi Medin *El sexenio alemanista* como un ejemplo de la disyuntiva metodológica para el estudio de la posrevolución en México: la perspectiva sistémica vs la perspectiva histórica. Si bien en aras de la exposición se enfatizan las diferencias entre las aproximaciones, la investigación de Medin es presentada como una contribución para recuperar aquello que ha sido irrepetible y singular en la experiencia política mexicana al iniciarse la Guerra Fría. El artículo revisa las contribuciones de Medin en el entendimiento de las aportaciones y novedades concretas de la presidencia de Miguel Alemán (1946-1952), tanto en términos de su propia gestión como de sus consecuencias de mediano plazo para la historia política.

Palabras clave: Miguel Alemán; Partido Revolucionario Institucional; Guerra Fría; industrialización; sucesión presidencial; Tzvi Medin

Abstract

This article situates Tzvi Medin's book *El sexenio alemanista* as an example of the methodological dilemma that arises among scholars of the post-Revolutionary period in Mexico: whether to adopt a systemic perspective or a historic one. Even though our presentation emphasizes the differences between these approaches, Medin's research is appraised as a contribution that recuperates the singular features of the Mexican political experience at the start of the Cold War. This article surveys how Medin's work has served to illuminate the concrete innovations and contributions of Miguel Alemán's presidency (1946-1952), examining his own administration and its medium-term repercussions for political history.

Keywords: Miguel Alemán; Partido Revolucionario Institucional; Cold War; industrialization; presidential succession; Tzvi Medin

El sexenio alemanista, de Tzvi Medin, es un dispositivo temprano (publicado hace más de 30 años) en el proceso de revisión de la historia política de la posrevolución.¹ Más allá de las interpretaciones en detalle, el interés del estudio está en sus consecuencias, esas que permiten fechar de otra manera—es decir, conceptualizar—los periodos y problemas que siguieron al gobierno de Lázaro Cárdenas del Río (1934-1940). *El sexenio alemanista* es una parada obligatoria en la discusión sobre la manera de hacer historia política. En el caso mexicano esa discusión adquiere especial relevancia dada la pugna prevaeciente, no del todo resuelta desde al menos la década de 1970, entre lo que he llamado el enfoque sistémico (o politológico), de un lado, y la historia política propiamente dicha, del otro.²

Al momento de la publicación del estudio, el enfoque politológico dominaba los estudios e interpretaciones de la historia política de la posrevolución; era tal su preeminencia que emitía halos teleológicos. De manera simple, y quizá injusta, diríamos que el impulso politológico tenía como prioridad las condiciones de equilibrio del sistema; las disidencias, claves en cualquier historia política, eran vistas como problemas del equilibrio general. Esta perspectiva llevaba necesariamente a identificar unos cuantos elementos del sistema, todos gravitando alrededor del presidente de la República: los alcances de su papel gubernativo, de gestión y de administración; su papel como líder nato del partido y del Congreso; sus habilidades y autonomía para establecer los términos de la relación con Estados Unidos; su capacidad de proveer a los poderes locales de cuadros políticos fieles a su mandato; su gestión de la disidencia política y de los grupos de interés, manteniendo inalterada su vocación de gran árbitro de la política nacional. Incluso la sucesión—el momento crítico de todo sistema político—era entendida desde el punto de vista de la mayor o menor capacidad gubernativa del presidente. Un dato notable—y que flotó décadas en el ambiente sin adquirir una concreción analítica suficiente—sería que las disidencias electorales dentro del oficialismo ocurrieran en cuatro de las nueve elecciones presidenciales del periodo 1940-1988 (esto es, en 1940, 1946, 1952 y 1988) y que subsistiera más o menos intocado el mito de la continuidad del sistema.³

El enfoque sistémico, con todo lo que aporta al entendimiento de las peculiaridades del modelo político mexicano, presenta limitaciones de método y de interpretación. En primer lugar es, efectivamente, tautológico: exige de una presidencia fuerte para cumplir las expectativas de una presidencia fuerte para la reproducción del sistema que depende de una presidencia fuerte. En ese camino, el enfoque no siempre distingue entre las atribuciones constitucionales del pre-

sidente de la República y lo que la cultura política y las habilidades singulares de cada personaje construyen alrededor de la institución y el personaje. Esto ha redundado en una paradoja y en una aventura del vocabulario: el término presidencialista tiene una connotación peyorativa en el debate político sin reparar que se trata de un diseño mandatado por la Constitución, legítimo en sus términos y común a todo el sistema republicano en América (con la excepción de Canadá); peor aún, al tiempo que el presidente aparece como el demiurgo único de la política, el enfoque sistémico tiende a aislarlo y sustraerlo de un flujo siempre más rico y diverso de acontecimientos, decisiones y omisiones.

El enfoque sistémico tiende a subrayar las invariantes del régimen político, esto es, las razones del equilibrio. Ello podría llevar a la ilusión o de que nada cambió, digamos en los 30 años que siguen al cardenismo, o que esos cambios fueron sutiles, siempre bajo el control del presidente de la República. Ni como simple hipótesis, con fines de contraste, funciona esta suposición. En el enfoque politológico se pierden esos cambios, a veces acumulativos, a veces súbitos, que toda historia supone. Nos aproximamos al escabroso asunto de la agencia y la contingencia, del conjunto de fuerzas que no están ni codificadas ni bajo el control pleno de un solo actor. Son las zonas de indeterminación, del dilema primigenio en que se funda la libertad de los actores, según lo planteó en su momento Isaiah Berlin: hacer o no hacer.⁴

La historia política es la cuenta de lo hecho y lo omitido por personas o grupos que tienen la capacidad o la obligación de mandar, ordenar y obedecer. En esta empresa “el sistema” es una matriz de posibilidades, pero no una estructura que sobredetermina las respuestas. Los actores habitan un umbral de libertad, y de ahí que solo la narración puede gestionar las alternativas presentes en cada momento. Probablemente el enfoque general de Tzvi Medin en *El sexenio alemanista* abreva en dos fuentes: expande ciertas certezas asumidas del enfoque sistémico del régimen político de la posrevolución y teje una narrativa (con lo que tiene esta de irreplicable, singular) del desempeño de Miguel Alemán Valdés como secretario de Gobernación (1940-1945), candidato del oficialismo y su incipiente partido (el Partido Revolucionario Institucional, o PRI) y primer presidente civil de la posrevolución (1946-1952).

Como sostuve antes, una aportación de *El sexenio alemanista* engarza con el proceso historiográfico, en buena medida impulsado por el propio Medin, de la nueva periodización de la historia política. Ha sido casi un hábito considerar que el paso de gobierno de Lázaro Cárdenas al de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) fue el Termidor del gran reformismo. El asunto es más complicado, sin embargo. Estudios recientes sugieren que entre el gobierno de Cárdenas y el de Ávila Camacho hay más continuidades que las reconocidas anteriormente; si bien en un tono moderado, el gobierno del segundo representó una versión

ajustada del frente popular a las peculiaridades nacionales. Temores, ambientes y coaliciones internacionales alrededor de la Segunda Guerra Mundial dictaron la agenda política y mantuvieron viva la alianza cardenista durante el gobierno de Ávila Camacho. El hecho mismo de que Cárdenas fuese nombrado secretario de la Defensa Nacional por el presidente Ávila Camacho, y que se haya desempeñado en el cargo hasta agosto de 1945, esto es, durante buena parte del conflicto en Europa y el Pacífico, señala el papel del general michoacano y los cardenistas en el frente popular.⁵

Fueron dos medidas de corte eminentemente político las que encarrilaron el proceso de la posguerra mexicana: el intento (no del todo exitoso) de reformar el partido oficial, que desembocó en la creación del PRI. Contra el deseo de Ávila Camacho, no avanzó el acotamiento de los sectores corporativizados (en especial el obrero) ni disminuyó su peso en la estructura de decisiones o en las relaciones del partido oficial con el presidente de la República; el PRI era un instrumento más maleable que el Partido de la Revolución Mexicana, sin duda, pero no una entidad totalmente a disposición del presidente, quizá porque la afiliación individual, que pretendía Ávila Camacho, no prosperó. La segunda medida fue la reforma electoral de 1945, que centralizó en el gobierno nacional los comicios federales, a partir del control directo de la secretaría de Gobernación del padrón de ciudadanos, el registro de partidos políticos y la jornada electoral. Esta reforma fue crucial en la medida en que disminuyó la presencia de los gobernadores y los caciques regionales en las elecciones, y aumentó la autonomía del presidente respecto a los poderes locales. Más la segunda que la primera, las iniciativas de Ávila Camacho engarzaron en una coyuntura en la cual floreció una (breve) primavera democrática en América. Derrotado el fascismo en Europa y Asia, la democracia liberal parecía no tener enemigos en el hemisferio.⁶

Miguel Alemán Valdés tenía un perfil envidiable justo en ese momento: joven abogado universitario, civil, exgobernador de Veracruz, dirigente del partido oficial en la campaña de 1940 y secretario de Gobernación del presidente Manuel Ávila Camacho durante la conflagración. Pero nada estaba ganado; “el sistema” no produce candidatos; Medin señala las circunstancias específicas que abrieron la puerta de la candidatura de Alemán: desde su cargo de secretario de Gobernación pudo tejer las alianzas debidas con los gobernadores, el congreso y el partido oficial; y al contrario de Ezequiel Padilla, secretario de Relaciones Exteriores y artífice de la alianza diplomática con Estados Unidos, no estuvo expuesto a las sospechas de ser el hombre de Washington en la política nacional, un elemento que obró decididamente en contra de Padilla, en especial entre los miembros de la familia cardenista de la alianza.⁷

Si se quiere ver así, contra Alemán pesaba lo contrario: no era el hombre de la embajada estadounidense. Allí se deslizaban las consejas de que el veracruzano había obtenido ventajas—gracias a su cargo—en la administración de los bienes intervenidos de los ciudadanos alemanes y de las visas de refugiados. El asunto no dejaba de ser delicado porque, en mayo de 1945, cuando renuncia a la secretaría de Gobernación para asumir la candidatura presidencial, el palmarés de un político seguía siendo un grado medible de compromiso antifascista. Esto implicaba un juego delicado para Alemán: de una parte, mostrarse lo suficientemente alejado de Washington como para no incurrir en el pecado de Padilla y superar el veto de los cardenistas y, del otro, vencer los resquemores de ciertos círculos estadounidenses, que seguían sin desprenderse del todo de las inercias de la gran alianza contra el Eje. Como nota Medin, probablemente fue en ese delicado equilibrio que se fincó parte del éxito de Alemán para convencer al presidente Ávila Camacho y evadir el veto cardenista. No es el sistema lo que opera aquí sino las habilidades del hombre político.⁸

Y es probable que Alemán haya empezado a jugar una carta más, al principio con discreción: su anticomunismo. Y en la política mexicana era relativamente sencillo endosar el vicariato de todas las izquierdas moscovitas al político que en los últimos diez años lo había ejercido sin rubor: Vicente Lombardo Toledano. Es probable que Alemán mandase señales a la embajada estadounidense, y aun hiciera acto de presencia, para otorgar las garantías según las cuales el protagonismo de Lombardo habría de disminuir durante su gobierno. Pero en el verano de 1945 Lombardo seguía siendo el Bautista de la política mexicana: él anunciaba, él pronunciaba el nombre, él consagraba.⁹

Importante y sensible como era la carta anti-Lombardo que jugaba Alemán, el problema más delicado en términos de definiciones políticas era Estados Unidos. La Segunda Guerra Mundial, con sus agudos problemas inflacionarios y de abasto, contribuyó a un *boom* de la economía mexicana. Más aún, la guerra hizo posible la normalización de las relaciones con Estados Unidos y el acceso a ese mercado, hambriento de materias primas, insumos y fuerza de trabajo. En el corto plazo, un virtual tratado de libre comercio y los apoyos financieros de Washington para la modernización de infraestructuras como los ferrocarriles, mostraron a las élites mexicanas las dos caras de la vecindad con el principal actor económico de la conflagración mundial: las potencialidades de aquel mercado para la economía nacional y los peligros del avasallamiento, una vez finalizada la guerra, dada las asimetrías de ambas economías y las convicciones libre cambistas de Washington.¹⁰

Desde la Conferencia de Chapultepec (febrero de 1945) Washington se había decantado por impulsar una política de liberación arancelaria para todo el continente. En otras palabras, la posguerra se viviría al son de una integración

económica sin salvaguardas, donde las tres grandes ventajas comparativas de México durante la guerra se verían afectadas: los precios de las *commodities* a la baja; la protección *de facto* que la escasez de la economía de guerra había generado para el mercado mexicano; y el flujo relativamente libre de trabajadores hacia Estados Unidos, facilitado por el acuerdo migratorio, el famoso Plan Bracero. En general, el acuerdo de libre comercio firmado con Estados Unidos se convertía en la espada de Damocles sobre la incipiente industrialización mexicana. Todos estos puntos fueron considerados en el primer capítulo del libro de Medin, y gravitarán luego a lo largo del libro según se perfila la relación del presidente Alemán con Washington.¹¹ En otras palabras, uno puede concluir que el solo anticomunismo como tarjeta de entrada a los pasillos de la posguerra en Estados Unidos sería una lectura limitada de lo que estaba en juego; la propia idea de un desarrollo relativamente autónomo del capitalismo mexicano entraba en el cálculo de la relación bilateral de la posguerra, y este es uno de los hilos explicativos de Medin.¹²

Un hecho notable surge del estudio de Medin: ese bucle espaciotemporal que suscitó el debate público alrededor del desarrollo de la economía mexicana, y que se extendió hasta los inicios de la década de 1950. Para tal fin era indudable que Alemán necesitaba a Lombardo o, más precisamente, los argumentos lombardistas. ¿Cómo razonar ante la opinión pública mexicana y ante la estadounidense que el país necesitaba protección arancelaria y promoción gubernamental de su industrialización? ¿Cómo dar vuelta a las presiones liberalizadoras que el gobierno estadounidense planteaba desde la Conferencia de Chapultepec (febrero de 1945) y se mantuvieron más intransitables, si cabe, en la de Bogotá (marzo-mayo, 1948), con el añadido de que no habría un equivalente del Plan Marshall para América Latina?¹³ En fin ¿cómo organizar un argumento verosímil fundado en el reconocimiento de las etapas endógenas del desarrollo económico, con su repercusión directa en la formación de clases sociales en México, en especial de una burguesía industrial?¹⁴

Marginados del oficialismo desde 1948, de cualquier manera tocó a los lombardistas hacer su última contribución al capitalismo mexicano: dejar en claro que el país necesitaba su propia burguesía industrial. Semejante operación desnudó la dialéctica del gobierno de Alemán: jugó con éxito la carta del anticomunismo obsecuente y al mismo tiempo utilizó los recursos gnoseológicos y retóricos de los marxistas al estilo Lombardo para plantear algo parecido a una vía capitalista nacional. Sin duda, aquella defensa del modelo industrializador, sobre la base de la protección arancelaria y la promoción gubernamental, se convertiría en uno de los grandes momentos de la discusión pública en México.¹⁵ Y es más interesante aún que Estados Unidos haya dejado prosperar el

proyecto de Alemán, como resignado a que el vecino del sur tenía derecho a sus propios experimentos.

Convengamos, como hace la historiografía, que desde un punto de vista programático Alemán había cumplido su promesa a la embajada estadounidense de desplazar y anular políticamente a Lombardo. Automarginado y luego echado de la CTM, el poblano apostó por la creación del Partido Popular, una extraña criatura que no acabó de decantarse nunca en un verdadero partido de oposición, pero al mismo tiempo se organizó como tal, y más de un ciudadano lo entendió así. Después de las elecciones federales intermedias de 1949, con los resultados anémicos de la nueva criatura partidaria del lombardismo, parecía consumada la parte del programa del presidente Alemán referida al giro anti-comunista, por demás ostentoso. Antes, en 1948, el presidente había asestado un duro golpe político-militar al sindicato ferrocarrilero, uno de los últimos bastiones de la izquierda en los sindicatos nacionales de industria, y, en 1950, con el endurecimiento inaudito de las penas por el delito de disolución social en el código penal, creó una realidad jurídica de Guerra Fría que no encontraba justificación en los niveles objetivos de conflicto social o político.¹⁶

La imagen de conjunto que ha construido Medin es la correcta: el gobierno de Alemán no era solo, por decirlo así, la expresión de un sistema sino un momento de la historia política, en lo que tiene ésta de oportunidad, agencia, cálculo, fracaso. Tal recurso de método se esboza en el libro de Medin y sería ratificado por una historiografía posterior (no muy abundante, por cierto). La política con los gobernadores y la militar indican una voluntad de trasladar a la presidencia decisiones clave para la disciplina política. Alemán, como Cárdenas, fue un centralizador; como presidente buscó imponerse en toda la línea y separar la primera magistratura de los arreglos con los hombres fuertes locales. Alemán avanzó considerablemente al respecto, como indica el número de gobernadores defenestrados en los primeros ocho meses de su administración: diez.¹⁷

Pero quizá la mejor prueba de esa pulsión centralizadora fue la veleidad reeleccionista del propio Miguel Alemán. En un proceso que coincidió *grosso modo* con el deterioro de la situación internacional, según escaló la guerra de Corea (a partir de junio de 1950), Alemán jugó la carta de Porfirio Díaz, que el siempre expresivo Daniel Cosío Villegas denominó “el necesariato”. El presidente imaginó que el conflicto coreano, en su deriva hacia un conflicto internacional que alcanzaría y superaría las cotas de la guerra mundial reciente, iba a facilitar su reelección; en este razonamiento la sombra ominosa de la guerra nuclear se compensaba con la promesa de una estabilidad mexicana en tiempos críticos. Alemán, al fin y al cabo, era un hombre joven, como Porfirio.

Medin identifica las resistencias que la reelección generó en el oficialismo y en sus márgenes. El veto de Cárdenas, de Ávila Camacho y de una parte del

pie veterano de la nomenclatura revolucionaria jugaron un papel crucial en desarmar la iniciativa. Por más que Alemán insistiera—ya como expresidente—que no había tenido nada que ver con la campaña en pro de su reelección, era claro que ese impulso había surgido de sus aliados íntimos, para empezar, de su secretario particular Rogerio de la Selva. Medin ha reparado además en otro asunto: más allá del poder que pudo haber concentrado el presidente Alemán, y del entusiasmo en su círculo inmediato, la salida reeleccionista amenazaba a los políticos de primera línea, en especial a los secretarios de estado y los políticos encumbrados del partido oficial que, unos más que otros, tenían ambiciones legítimas, edad y, según ellos, merecimientos para sucederle en 1952.¹⁸

Pero las resistencias iban más allá del círculo inmediato o de los medios oficiales. Para entender estas respuestas es necesario hacer una caracterización más fuerte de la presidencia de Alemán y sus prolegómenos. Como se planteó antes, la verdadera ruptura con el cardenismo fue en los planos del reparto agrario, de las relaciones con los obreros organizados, pero, sobre todas las cosas, en el liderazgo del partido oficial. Fue en este sentido que la administración de Alemán fue una subversión del estilo, de los modos y de las expectativas: violencia gubernamental selectiva contra los focos de resistencia y acoso político y propagandístico de disidentes, un anticomunismo discrecional y perfeccionamiento de la aplanadora partidaria para los ritos electorales. No en balde Soledad Loaeza ha considerado el cuatrenio 1944-1948 como “fundacional”, esto es, el verdadero inicio del autoritarismo priista.¹⁹

Un presidente agresivo, absorbente, omnipresente enfrentó las mayores complicaciones de su mandato en arreglar su propia sucesión, momento clave y de obvia resolución según los postulados naifs del enfoque sistémico. Ese nudo gordiano diría mucho de la gestión del presidente, incluyendo sus errores de cálculo, y del ambiente general de la política. Es probable que esas complicaciones hayan provenido del tiempo y la energía invertidos en el proyecto reeleccionista que, al frustrarse, dejó a Alemán con pocas cartas (o muchas: para el caso es lo mismo) en su baraja sucesoria.²⁰ Cuando en noviembre de 1951 se hizo público que la candidatura del PRI sería para Adolfo Ruiz Cortines, se impuso una nueva realidad, no del todo favorable al presidente. Para empezar, una anomalía generacional: mientras Alemán nació en 1900 (y tenía 46 años al asumir la presidencia), Ruiz Cortines había nacido en 1889 (y por tanto tendría 63 años a la hora del inicio de su administración). Ruiz Cortines pertenecía en realidad a la generación de Emilio Portes Gil (1890) o Abelardo Rodríguez (1889), quienes fueron presidentes en 1928 y 1932, dos décadas antes que él; ese hecho postergó carreras. Más aún, el aura del presidente educado se difuminó: Ruiz Cortines no tenía educación universitaria, si bien nadie ha dudado de que su sapiencia era extraordinaria.²¹

La política no se hace en el vacío: la familia cardenista en la política era numerosa y flexible. Sería una de sus características más acendradas la capacidad de transitar entre el oficialismo y la disidencia con cierta libertad y en ocasiones con éxito. Sin ser un movimiento político o social estructurado, el cardenismo era un referente ideológico ágil, con cuadros y bases sociales, de cuyo peso y capacidades disruptivas nadie estaba seguro. Más aún, hacia principios de la década de 1950 el cardenismo había ya establecido su propio mito, lo cual siempre es una ventaja a la hora de la política. Y el estilo de Alemán ayudó. La corrupción atribuida a los alemanistas jugaba en contra del prestigio del régimen y de la reelección en específico. La idea de que la corrupción es una anomalía en el comportamiento de los políticos y funcionarios públicos ha sido una perspectiva limitada en la historiografía; en el contexto mexicano (pero no solo) la corrupción ha sido algo más, una forma de capitalismo primigenio que genera individuos y grupos con intereses en la propia economía y el sistema político. La corrupción tiene la brusquedad, las formas groseras y agresivas de toda acumulación originaria. Y se notan. Una historiografía reciente ha mostrado el impacto de la corrupción alemanista en eso que se daba en llamar opinión pública, al grado que su denuncia se convirtió en un tópico y en bandera política de Adolfo Ruiz Cortines, el inesperado sucesor de Miguel Alemán en la presidencia.²²

La gestión presidencial de Alemán y luego la sucesión de 1951/1952 generó resistencias sordas y alianzas políticas que pasarían su factura, tal como lo muestra Medin puntualmente.²³ Una consecuencia directa es que su sucesor, Adolfo Ruiz Cortines, no se contuvo de exhibir, al menos en los primeros cinco años de su administración, el apoyo de caciques paradigmáticos, a la manera del neoleonés Ignacio Morones Prieto, el potosino Gonzalo N. Santos, el zacatecano Leobardo Reynoso o el nayarita Gilberto Flores Muñoz.²⁴ En la dicotomía alguna vez planteada por el historiador Alan Knight, Alemán fue un presidente borbónico (y es justo el perfil que dibuja Medin) y en cambio Ruiz Cortines regresó al arreglo preferido de los Habsburgo, esto es, plegarse a la topografía del poder.

Pero hay un elemento más, y de fondo. La idea de que el cardenismo es un fenómeno de arriba a abajo es errónea. El cardenismo ha sido un movimiento político y social de existencia objetiva, que toca el corazón del oficialismo, sus márgenes y ciertas zonas inexploradas del México plebeyo. Más allá de un improbable liderazgo directo del general, el cardenismo es en sí misma una de las familias de las izquierdas mexicanas, con su propia autonomía. En la coyuntura de 1951-1952, el surgimiento de la candidatura del general Miguel Henríquez Guzmán tiene varias explicaciones: el debilitamiento de la figura de Alemán ante el fiasco de la reelección; los agravios en la política local; la fama

pública de corrupción de la nueva élite universitaria; en fin, los saldos de un conservadurismo social y económico rampante, con síntomas visibles en todas partes: disminución del reparto agrario, mano dura contra la independencia de los sindicatos, anticomunismo generalizado, legislación penal punitiva. Por lo demás, a Henríquez siempre se le consideró cercano al general Cárdenas, aunque este se cuidó de expresar un apoyo abierto al candidato presidencial disidente.²⁵

La elección presidencial de julio de 1952 no acabó bien, al menos desde el punto de vista de la historia de la competencia electoral y la democracia. Henríquez obtuvo poco menos del 16% de la votación (en cifras oficiales). El mensaje del gobierno: un festejo de los disidentes en la Alameda Central de la ciudad de México fue reprimido con extrema violencia y los militantes de la organización opositora perseguidos a lo largo y ancho del país. Incluso, o sobre todo, con este colofón, la intuición de Medin según la cual el alemanismo era un arreglo político de largo plazo e inauguraba el autoritarismo de los 30 años da en el clavo.²⁶

Notas

1. Tzvi Medin, *El sexenio alemanista. Ideología y praxis de Miguel Alemán* (México: ERA, 1990).
2. Discuto ese problema en dos trabajos: “El presidencialismo en México. Las posibilidades de una historia” en *Historia y política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, Madrid, Universidad Complutense, núm. 1, UNED (2004) y “La larga marcha: de la revolución a la posrevolución en México” en Manuel Chust y Rogelio Altez (eds.), *Las revoluciones en el largo siglo XIX latinoamericano* (Hamburgo: Iberoamericana, 2015).
3. Ver Rodríguez Kuri, “El presidencialismo en México. Las posibilidades de una historia”.
4. Quizá la fama de Isaiah Berlin como historiador de las ideas ha ocultado sus aportaciones al problema epistemológico de la libertad en la historia política; ver *Conceptos y categorías: ensayos filosóficos* (México: Fondo de Cultura Económica, 1983).
5. Al respecto ver los siguientes estudios, que no necesariamente coinciden, pero que aportan elementos a esta discusión sobre la periodización de la historia política: Luis Aboites y Engracia Loyo, “La construcción del nuevo Estado, 1920-1945” y Soledad Loaeza, “Modernización autoritaria a la sombra de la superpotencia, 1944-1968”, ambos en *Nueva historia general de México* (México: El Colegio de México, 2010), pp. 595-652 y 653-698, respectivamente. Además, Ariel Rodríguez Kuri, *Historia mínima de las izquierdas en México* (México: El Colegio de México, 2021), pp. 75-81.
6. Loaeza, “Modernización autoritaria”.
7. Medin, *El sexenio alemanista*, p. 24.
8. Medin, *El sexenio alemanista*, pp. 21-27.
9. Medin, *El sexenio alemanista*, pp. 33-37 y pp. 49-51; Daniela Spenser, *En combate. La vida de Lombardo Toledano* (México: Debate, 2017), pp. 263-287.
10. Para una panorámica del tipo de desarrollo económico y sus problemas durante la guerra ver Juan Carlos Moreno-Brid y Jaime Ros Bosch, *Desarrollo y crecimiento en la*

- economía mexicana. Una perspectiva histórica* (México: Fondo de Cultura Económica, 2010), pp. 141-146.
11. Medin, *El sexenio alemanista*, p. 19.
 12. Medin, *El sexenio alemanista*, pp. 104 ss.
 13. Esto lo deja palmariamente claro Jaime Torres Bodet, primer secretario de Relaciones Exteriores de Alemán, según el relato de Medin, *El sexenio alemanista*, pp. 108-109.
 14. Este es un tópico fundamental en el trabajo de Moreno-Brid y Ros, *Desarrollo y crecimiento en la economía mexicana*, p. 142, por ejemplo.
 15. Recupero la riqueza de ese debate en mi estudio “Urbanización y secularización en México: Temas y problemas historiográficos, ca. 1960-1970” en Alicia Mayer (coord.), *México en tres momentos: 1810-1910-2010* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2007).
 16. Rodríguez Kuri, *Historia mínima de las izquierdas*, p. 87 ss.
 17. Medin, *El sexenio alemanista*, p. 51.
 18. Medin, *El sexenio alemanista*, pp. 162 ss.
 19. Loaeza, “Modernización autoritaria”, pp. 656 ss.
 20. La reflexión más seria sobre el mecanismo sucesorio y el papel del presidente en funciones es la introducción de Jorge G. Castañeda a su estudio *La herencia: arqueología de la sucesión presidencial en México* (México: Alfaguara, 1999).
 21. Para un perfil del sucesor y el enredo generacional que supuso en la élite política, ver Ariel Rodríguez Kuri, “Los años maravillosos. Adolfo Ruiz Cortines” en Will Fowler (coord.), *Gobernantes mexicanos* (México: Fondo de Cultura Económica, 2008), vol. 2, pp. 263-286.
 22. Sara Luna Elizarrarás, “Enriquecimiento y legitimidad presidencial: discusión sobre identidades masculinas durante la campaña moralizadora de Adolfo Ruiz Cortines”, *Historia Mexicana*, LXIII (julio-sept. 2014).
 23. Medin, *El sexenio alemanista*, pp. 166-167.
 24. Para el reposicionamiento de los caciques durante el gobierno de Ruiz Cortines, ver Rodríguez Kuri, “Los años maravillosos”.
 25. En estudio más completo al respecto es el de Elisa Servín, *Ruptura y oposición: el movimiento henriquista, 1945-1954* (México: Cal y arena, 2001).
 26. Medin, *El sexenio alemanista*, pp. 172-175.